

nótono expone ordenadamente la historia de un resfriado suyo, las alternativas de su reloj ó la interminable biografía de un primo alcalde de una barriada desconocida, más insípido y soporífero aún que él.

Las noticias más ruidosas, las más chistosas anécdotas, las relaciones más dramáticas, todo pierde su color, todo se hace pesado, todo llega á ser fúnebre en sus desventurados labios.

El terrible hombre gusta del sonido de su voz; sobre la más pequeña cosa, lanza un río de períodos de plomo, no dejando en paz ni á los muertos de su familia.

No nos valen las escapadas precipitadas, ni las invasiones repentinas en el estanco ó en la lotería al verlo aparecer á lo lejos por la calle; nada podrá jamás hacerle nacer la sospecha de que su palabra no sea ardientemente deseada por nosotros. Y no nos busca solamente por simpatía, sino que se nos pega á las costillas por gratitud, porque somos uno de los pocos, quizá el único que no huíamos de él, y ocultamos la violencia de su admiración, bajo una apariencia de atención benévola.

¿Y con qué corazón le arrancaríais una de las ilusiones más dulces de su vida?

Su amistad no tiene exigencias, no pide más que ser escuchado.

Aquella persuasión suya, firme, de tener la conversación discreta y la voz agradable, proviene de una ingenuidad de ánimo que os dá compasión y el gran aburrimiento que causa su conversación se deriva en gran parte de la falta absoluta que hay en él de todos los defectos morales que divierten y de todas las pasiones malignas que nos hacen elocuentes y es la manifestación diabólicamente cruel, de una bondad angelical.

Su amistad, podéis estar cierto de ello, no cambiará con las mudanzas de nuestra fortuna, porque no desaparecen con esta, las poderosas fuerzas de vuestra antigua paciencia.

El día en que os hiera la desgracia, él se encontrará infaliblemente á vuestro lado para haceros sentir la cadencia uniforme de sus consuelos, los cuales sonarán á vuestro oído como al ruido de las paletadas de tierra sobre la caja de un difunto, ó distraerá vuestros pensamientos dolorosos aplicándoos á la cabeza la cataplasma de una de sus amenas anécdotas. Y, sin embargo, alguna vez que el se extiende en sus consideraciones más que de costumbre, con una expresión de satisfacción particular, sentís de un golpe aflojarse vuestros nervios y subir la sangre á la cabeza y abrir la boca para gritarle en su cara que es un verdugo sin entrañas y que habeis acabado pa-

ra siempre; pero el tono apresurado con que él os pregunta si os sentís malos y os dice que reanudará su conversacion otro dia, sofoca el delito en vuestros labios y entonces bajais la cabeza en ademan de resignacion diciéndole con una larga mirada: "continúa" y continuará hasta la conclusion de los siglos.

*
* *

Este otro es un corazon bordado con hilo de seda, como dice el poeta chino, un jóven todo alegría y benevolencia, el cual ejerce entre los amigos el oficio del placer, con el ardor y la constancia de un apóstol.

Considera el círculo de sus amigos como una especie de instituto del cual le está confiada la direccion moral y se esforzará contínuamente en que todo marche bien en lo cual pone todo su amor propio como si de todo desórden por pequeño que sea hubiera de recaer en él la culpa.

Una desavenencia que ocurra entre dos amigos suyos, le aflige como una desgracia doméstica y no está tranquilo hasta que los ha reconciliado.

Por medio de ingeniosas combinaciones estratégicas largamente meditadas, hace que dos enemigos se encuentren frente á frente en un lugar dado, de modo que no puedan escapar y arroja al uno frente al otro. Se ofrece de intermediario en las contiendas, tra a

de disipar las antipatías nacientes; refiere á uno las buenas ausencias que otro hecho de él añadiendo algo de su parte; desvía las discusiones peligrosas con un chiste, publica en todas partes las ocurrencias felices de cada uno, frecuenta todas las casas del grupo, conoce á cien niños por sus nombres, acompaña á las familias á las estaciones; se apresura á dar las buenas noticias; anima las conversaciones frías, poniendo sobre el tapete asuntos en los cuales estén todos de acuerdo; resucita antiguas amistades, disipa sospechas; atenúa censuras; fija convenios; concierta comidas; excusa á todos; á todos quiere y elogia á todos; y cuando ha llegado á reunir una docena de amigos alrededor de su chimenea, todos de buen humor y en buena armonía, se encuentra tan contento como si hubiera unido en alianza á todas las potencias de Europa; allí está en su puesto, allí está feliz y radiante, extiende por todas partes su espíritu de amor y de paz y aparece verdaderamente como la encarnación de aquellos ideales de concordia y de tranquilidad universal á los cuales tienden todos sus deseos y sus esfuerzos todos.

En sus alegres expansiones, entre uno y otro sorbo de café, se manifiesta todo el fondo bueno y honrado de su naturaleza.

Para cada uno encuentra en el momento oportuno

la palabra que ataje su amor propio, saca á todos uno detrás de otro á la conversacion en que tienen más campo para hacerse valer; recuerda servicios más imaginarios que reales que le han hecho en otro tiempo por esto ó por aquello, para expresarles su gratitud; confiesa, y pide perdon por ellas, todas las sinrazones en que ninguno había pensado más; dá palmadas cariñosas en el hombro de los que están más próximos, apricta la mano á otros por detrás de los respaldos de las sillas, aprueba con una sonrisa los razonamientos de los que están más léjos, y acompaña á todos á su casa despues de media noche; y el día despues, está de mal humor por la sospecha de si habrá dejado escapar en el calor de la conversacion alguna palabra poco delicada.

Los amigos son su familia, les dedica todos sus ratos perdidos y quisiera obligarlos á estar á todos en una sola casa, y tenerlos á docenas por su cuenta; llega á ser provocativo é intachable cuando fuera de su círculo hablan mal de alguno; teje biografías fantásticas, pone en cuadro las fotografías, hace circular las cartas; organiza expediciones; hace las cuentas; sirve de agente electoral, de alabardero en el teatro, y dice: "mi amigo" con un sentimiento íntimo de placer y de ternura, como el propietario dice: "mis tierras" y el poeta "mis versos."

No es el amigo á quien queremos más, porque es igual con todos y porque su carácter no tiene puntos salientes que engranen con los del nuestro, te- niéndonos unido el uno al otro.

Pero nos es querido como el símbolo vivo de la amistad cariñosa, indulgente y alegre; en todas nues- tras fiestas parece si él falta que falta algo más que el amigo, y lo mismo en los días felices que en los días tristes, lo buscamos porque su buen cora- zon siente igualmente las alegrías y los dolores de todos.



Hé aquí el amigo *ordinario*.

En el fondo es un buen hombre, tiene exce- lentes cualidades y os quiere bien; pero es ordi- nario desde la punta del pié hasta la coronilla de la cabeza; rebelde por indomable instinto y por costumbre invencible á todas las leyes de urba- nidad.

Es un tipo bastante frecuente, anguloso, áspero y desigual de tal modo, que es imposible tocarlo sin sentirse lastimado; os habla continuamente como un carretero enfadado; toda su mímica consiste en con- torsiones, sacudidas de hombros y vueltas de espal- das; os deja con la palabra en la boca; os interrump- en la conversacion; os contradice en cada opi- nion; os quita el periódico para leerlo él, y cuando le causais fastidio, os echa á un lado empujándoos con el codo con la misma delicadeza que la rueda de un carro; aunque le pidais un favor con las lá- grimas en los ojos, lo encontrareis de la misma ma-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

nera de ser, brusca; tiene cierta cantidad no de tristeza sino de amargura, en su cuerpo, que le obliga á consumirla en mil pequeñas poesías gratuitas; si no pudiera desahogarse á cada momento, cometería algun gran despropósito á grandes intervalos; los amigos os preguntan de vez en cuando: "pero ¿cómo resistir á ese puerco espín?—Quién lo sabe?"—Vosotros sufrís su amistad, como un cristiano penitente llevaría un silicio.

Teneis un especial placer en ejercitar la paciencia y la satisfaccion de pareceros vosotros mismos, comparándoos con él, los hombres más delicados del mundo; el gusto de hablar mal de él con los amigos, algo de esperanza de civilizarle con el tiempo y la costumbre de divertirlos con él como con un personaje de comedia.

Y no hay cuidado de que él se incomode: su grosería no llega jamás hasta la insolencia absolutamente intolerable; es una serie uniforme de gruñidos y de rústicas brutalidades en las cuales no hay la más lejana intencion de ofenderos.

No sirve tampoco que probeis á tratarlo con sus mismas formas porque ó no lo advierte ó no os consiente ese derecho; y por otra parte, vosotros os deteneis de repente reconociendo que vuestra grosería voluntaria resulta muy por bajo de la suya

inconsciente, que parece procede de sus entrañas y que le sale por todos los poros.

Habéis probado tambien alguna vez, en sus mejores días, darle familiares golpecitos en el hombro como se hace con un perro altanero y le preguntais con vuestro más dulce acento:

—Pero, dime, en confianza, ¿no podías ser un poco ménos rústico con quien tiene la debilidad de quererte bien?

Pero sería tiempo perdido: por un momento aparecería en su rostro una vaga sonrisa, echándoos una mirada pasajera de fiera amansada, y despues se volvería peor que al principio, diciéndoos entre dos encogidas de hombros que "él es así y quien lo quiera, lo ha de aceptar tal cual es."

Viéndoos afligidos, os dirá alguna tosca palabra de consuelo con la voz conmovida y mirándoos de soslayo.

En medio de la tribulacion, os prestará quizá groseramente algun gran servicio; pero no pedirle otro.

Su amistad puede tener monedas de oro que gastar en los días solemnes; pero no os dará un céntimo por gusto en toda su vida.

Encontrareis en él, una sola vez, algo semejante á una vaga intencion, al parecer, agradable, y será

el día que venga á visitaros cuando esteis en extrema gravedad.

Aquel día os dará de beber, os arreglará el embozo de vuestra cama, hablándoos con la voz más dulce.

Peró podeis estar seguros de que, al primer síntoma de convalecencia, volvereis á sentir más áspera, despues de las caricias de la gratitud, su antigua corteza grosera.

*
* *

Hé aquí el amigo mefistofélico. Este, ocupa uno de los primeros puestos en nuestro pensamiento.

Somos el reverso el uno del otro en punto á la índole y llevamos dos mundos del todo diversos en nuestro cerebro.

El no cree en nada de lo que nosotros creemos, y profesa un burlesco é infinito desprecio hácia todo lo que es objeto de nuestra admiracion y entusiasmo.

Nos trata y es benévolo para ciertas facultades intelectuales nuestras ó cualidades agradables exteriores; pero no puede sufrir toda aquella parte de nosotros que tiene vida y carácter en los sentimientos de nuestro corazon.

Por este lado le somos superlativamente antipáticos, y no tiene para nosotros si no dureza y sarcasmo.

No es amigo más que de la mitad de nuestro yo: detesta y castiga á la otra mitad con toda la fuerza de su espíritu.

No es violento en sus maneras ni sempiterno hablador; pero combate terriblemente con envenenados alfilerazos.

Poco á poco ha conseguido imperar sobre nosotros.

La manifestacion de cualquier sentimiento ó idea que se eleve por encima de su naturaleza fría y positiva, acaba por ponernos, cuando estamos delante de él, tan inconveniente ó pueril como á él le parece.

Tenemos miedo de su sonrisa y de su burla. Delante de él nos hallamos turbados, achicados, obligados á callar mil cosas y á ocultar en nuestro pecho los sentimientos más afectuosos y poéticos.

Despues, lejos de él ya, el corazon se alza indignado y la conciencia nos acusa de cobardes, y entonces juramos sacudir aquel yugo indigno á la primera ocasion, y manifestar libremente, nuestra naturaleza con provocadora audacia.

Pero de nuevo nos hallamos á su lado, y de nuevo nos sentimos con los brazos abiertos: todos los propósitos caen ante su primera sonrisa.

El tiene la ventaja de combatirnos con la burla, mientras que nosotros nos vemos obligados á razonar seriamente; tenemos poca firmeza aun en nues-

tros más fervorosos sentimientos: él en su excepcionalismo está inmóvil y tranquilo.

Y temblamos de nuestra impotencia, y á veces creemos odiarlo, y muchos le odian, en efecto. Pero aquel mismo trabajo íntimo á que él nos obliga, una cierta admiracion que nos inspira su orgullosa igualdad de ánimo, su inteligencia clara y profunda, su terrible palabra, y el valor grande que adquiere, por venir de su naturaleza seca é indiferente, cualquier demostracion de afecto que nos concede, nos encadena á él á despecho nuestro. Nos ponemos á observarle á menudo con mezcla inexplicable de curiosidad, simpatía y aversion, á la cual sabríamos dar el nombre que le cuadrara; y varias veces, sorprendemos en el fondo de nuestro corazon con una especie de rencor, algun sentimiento de sumision casi servil hácia él, y una vaga condescendencia á contenernos y desnaturalizarnos ante su talento, para ganar en su concepto y hacerle arrojar el aguijon con que atenaza nuestra carne.

Pero, en suma, la mayor parte de su fuerza consiste en nuestra flaqueza; por eso analizamos lo menos posible nuestra conducta moral con él; y para justificar delante de los demás la deferencia con que le tratamos, ensalzámosle con alaban-

zas nada sinceras, y preferimos no tener testigos cuando estamos en su compañía.

Y aunque obtengamos de su amistad más amargura que placer, aunque en el fondo del corazón no le amemos, sin embargo, cuando se ve precisado á pedirnos una gran prueba de afecto se la damos mejor á él que á otros muchos amigos á quienes queremos y nos quieren, tan grande es la necesidad que siente nuestro atormentado orgullo, de tomar el desquite y derribar el carcelero.

*
* *

Ahora, el amigo al que podemos llamar el amigo *honorario*, el cual presenta un hecho psicológico de los más curiosos.

Tiene corazón, ingenio, cultura, gentileza, finura, todas las buenas cualidades que forman un excelente amigo, y además la principalísima de sernos leal.

Sin embargo no le queremos, no es santo de nuestra devoción.

Le falta una cierta centella que es tan necesaria para producir la amistad, como para encender el amor. No tiene nuestras debilidades, no ríe de las cosas que nos hacen reír, no dice tonterías, es siempre dueño de sí, tiene una bondad demasiado lisonjera y una cortesía demasiado delicada: un amigo debe ser algo brutal, algo bufon y algo caprichoso. En su trato no hallamos nada imprevisto: no nos produce ni curiosidad ni temor. Es un amigo en el estado de "equilibrio estable;" de cualquier mane-

ra que nos conduzcamos con él, estamos seguros de que no tratará de hacernos daño y que permanecerá siempre fiel; mientras que para querer bien á un amigo, y vernos precisados á demostrárselo es necesario ver detrás de él el fantasma de un enemigo y tener algo que temer de su resentimiento.

Hacemos con él lo que con otras personas que nos quieren: le olvidamos porque estamos seguros de ellos.

No le negamos ciertamente el nombre y la consideracion de amigo, le demostramos delante, una constante deferencia y hacemos de él las más grandes alabanzas en todas ocasiones. Pero le tratamos con frialdad, le herimos, si es posible, y le posponemos claramente á otros cargados de defectos ó desagradables, que nos hacen rabiarse, luchar y vivir en una vecindad continúa de enojos y recriminaciones.

Nos llamamos sus amigos, pero no tenemos más que el título.

En el fondo del corazón nos avergonzamos de ello, porque la conciencia nos dice que nuestra conducta es efecto de nuestra inferioridad y que si fuésemos más nobles de ánimo, de costumbres y gustos preferiríamos este amigo á los otros.

Pero este sentimiento, precisamente, nos aleja de él: es para nosotros un vituperio constante: su

rostro sereno y simpático nos dice continuamente un *excelsior*, al cual asiente nuestro corazón y nuestras fuerzas no responden; por lo que nos enojamos en secreto contra nosotros mismos y contra él. Sin embargo, en los días de desaliento le buscamos y acude afectuoso olvidando nuestra frialdad y nuestras injusticias; y en aquellos días y por algún tiempo después, le apreciamos en todo lo que vale, le queremos bien, nos arrepentimos de haberle olvidado, no sabemos darnos la razón de haberlo pospuesto á tantos otros, y hacemos votos de serle lealmente afectuosos en el porvenir.

Pero vuelta la fuerza y la alegría, renacen nuestras pasiones y nuestros vicios y tornan á separarnos de él como al principio.

Y algunas veces, de noche, al hallarnos en un círculo de amigos que no lo son, excitados por una charla y una alegría vulgares, nos dá rabia verlo pasar á nuestro lado, solo, absorto en sus pensamientos, y saludarnos sin detenerse, con la sonrisa digna y benévola que refleja la nobleza de su carácter y de su vida.

Le arrojaríamos al rostro un sarcasmo brutal si no nos detuviese el temor del remordimiento, y nos esforzamos en ahuyentar su imagen, como la de una pesadilla, permitiéndonos repetidas veces

el burlarnos amargamente de él con nuestros amigos.... Pero no sin sentir una íntima voz que nos acusa de viles é ingratos.

En lo íntimo de nuestra conciencia le hacemos amplia justicia y nos alentamos siempre con un propósito vago de tributársela de hecho más tarde.

No estamos maduros aun para su amistad; pero seguramente que él llegará á ser, un día, el amigo más deseado y más querido, y la memoria de la anterior ingratitud será el alimento más vivo de nuestro nuevo afecto.

*
* *

Otro de los más dignos de estudio es el amigo camaleon.

Este es un original de cuño único.

Nos es por muchas razones simpático, y le estimamos, pero no conseguimos formarnos un concepto claro y firme de su ánimo cuando le vemos.

Parece que se agita perpétuamente en la duda de si nos debe amar ó detestar.

Por cierto tiempo es afectuoso y asíduo en nuestro trato, no sólo por espontáneo impulso, sino por evidente propósito de hacerse querer, como si tuviese faltas desconocidas que hacerse perdonar.

De repente desaparece. Ya no le vemos en muchos meses; escapa al vernos de lejos, y no se detiene más que un momento; si nos le encontramos frente á frente, se muestra frío, ceñudo, casi contrariado, huyendo nuestra mirada, como si quisiera retractarse en aquel instante de toda la cortesía que con nosotros había usado, como si hubiésemos perdido su es-

timacion como si le inspirásemos casi aversion. ¿Por qué? ¿Quién lo sabe? Interrogamos nuestra conciencia y no nos acusa ni sombra alguna de remordimiento.

El no se explica. Nada nos ha dicho. De nosotros no ha escuchado una palabra dura; no ha habido y no hay entre nosotros dos, motivos, ni tácitos ni expresos de algun resentimiento.

Su rencor nace á manera de tumor interno en lo íntimo de su alma, crece, madura, revienta, producto no se sabe de qué, curado sin saber cómo: tenemos satisfaccion en estudiar sobre ello y no hallamos razon, ni aún lejanamente razonable en que apoye su conducta.

Cuando la enemistad renace en su corazon, se aleja espontáneamente de nosotros, como el perro del amo á los primeros síntomas de la hidrofobia.

Y cuando ha entrado en este triste período sentimos placer en interrogarlo con la mirada benévola y crecer en noble franqueza con él; no cambia, tiene su espina, es tiempo perdido.

Si despues le pedimos francamente, cara á cara, una explicacion sincera, se confunde, muéstrase maravillado, asegura que nos engañamos, se esfuerza por reir de nuestra sospecha, y fija, para persuadirnos, sus ojos en los nuestros, pero con una tan mal segu-

ra mirada, que destruye el efecto de todas sus palabras.

Diríase que no se ha formado un juicio fijo sobre nosotros, que lo varía á cada instante.

Pero lo peor es que no lo altera de mes en mes, sino de hora en hora. Tambien en sus dias de amistosa expansion, despues de una hora de alegre y confidencial conversacion, de repente, sin saber por qué, parece que una nube cubre su rostro. Se ha acabado. Su palabra se enfria, su semblante se altera, la conversacion languidece, nos enojamos mutuamente, no llega la hora de separarnos y nos separamos con presteza, prévio un apretón de manos de soslayo y una mirada de traidor. Sin embargo ¡válgame Dios! tiene algunas veces arranques de corazon tan nobles y una manera de pensar tan suya que nos agrada tanto!

Es imposible que nos decidamos á separarnos de él para siempre.

Nos resta siempre tambien un poco de esperanza sobre que su próxima mutacion en nuestro favor será la última, que en esta se fijará para toda la vida, y nos proponemos para la primera vez en que volvamos á verle, ser con él tan sinceros, tan amables, tan afectuosos que nos haremos dueños de su amistad para siempre.

Pero es inútil.

Nuestro mismo propósito lo estorba, la expresión del rostro no corresponde al sentido de la palabra preparada, queremos acomodarla, la agriamos; y las cosas quedan peor que al principio. Y muchas veces preséntase la idea, y puede ser que á los dos á un tiempo, de romper para siempre.

¿Pero cómo? ¿Por qué?

Falta el pretexto, no tenemos una razón justificable; no nos hemos mortificado ni aún con una burla; sería por parte de los dos un acto de debilidad y de villanía que nos daría vergüenza; no queremos hacerlo, no quiere hacerlo él; y estamos profundamente convencidos de que no lo haremos ni el uno ni el otro.

Y así continuaremos tegiendo la tela blanca y negra de nuestra amistad; queriéndonos bien á cada momento, detestándonos alguna vez, los dos en el umbral de la puerta de la intimidad, sin hallar modo de entrar, ni tener deseo de salir, mirándonos con interrogativo aspecto, una mano tendida en señal amistosa y la otra cerrada, puesta á la espalda, en expectativa de algun imprevisto suceso que nos empuje dentro ó fuera para siempre.

*
* *

También el amigo "de la ejemplar lección" del matrimonio es un tipo curioso y amable.

De soltero era áspero, poco dócil en las discusiones y un poco olvidadizo de la amistad.

Pero desde que está bajo el yugo conyugal, se ha vuelto otro.

El ambiente de la casa ha reanimado la vena de su sentimiento, la mujer le ha suavizado, la paternidad le ha despertado el gusto por la amistad; pero un género de amistad nuevo, formado con sus retazos de padre y de casado.

En su amistad no hay nada j6ven ni brillante.

A los treinta años tiene ya el método y la filosofía egoísta y tranquila del cabeza de familia cargado de muchachos, satisfecho de los negocios, con su tranquilidad, para quien la familia es el mundo, y que querría ver feliz y tranquilo al universo únicamente porque no le molestasen. Se acerca á nosotros con su sonrisa de benevolencia plácida, y nos habla lar-

gamente de sus asuntos, refiriéndonos como ha allanado con el amor de la casa una cuestion sobre una ventana; á qué precio compró el vino el mes anterior, y los pequeños portentos que hacen sus hijos en la escuela.

Rodea de preferencias á los amigos casados, porque tienen más cosas que decirse entre sí, y los tiene en mayor consideracion porque están más sólidamente establecidos en el mundo; pero con respecto al amigo soltero tiene un particular sentimiento de bondad teñido de una ligerísima tinta de piedad y de proteccion, que se trasparenta en su modo de darle palmaditas en la espalda, y de preguntarle cuándo tendrá juicio.

Los recuerdos de cuando éramos libres y desocupados juntos, que tanto agrada recordar entre amigos, para él son como recuerdos del otro mundo, no siente ya ni el sabor, discurre sobre ellos descuidadamente, por complacencia, algunos instantes y despues recae sin darse cuenta en los razonamientos caseros, entretejidos de máximas generales sobre la familia y la vida, que repite lentamente doblando y desdoblando la *Gaceta*, y adornando el discurso con alguna frase tomada en préstamo á su mujer, á quien él admira y de quien ha aprendido el inglés. Y ve á todos sus amigos

con regocijo; pero corriendo, porque la familia le espera, y anuncia á todos el deseo de hacer una gran calaverada con sus antiguos amigos en "uno de estos días."

Despues desaparece y no se le vuelve á ver si no al cabo de quince días, en direccion de su casa con un cartucho de dulces bajo el brazo, ó parado delante de una tienda en que pretende comprar un quinqué de petróleo, ó corre detrás de nosotros precisamente para que le hagamos cuatro versos para el día del santo de su suegra.

Buena y bella índole en el fondo. Cierito que no es más que un pedazo de amigo y nos enoja el que no lo sea por completo y tenemos algo de amor hácia aquel negro velo que se ha estendido entre él y el mundo como una celosa cortina. Pero algunas veces en las noches de nuestros tempestuosos dias vamos con mucho gusto á llamar á aquella puerta á que se asoma presurosamente, radiante de alegría, su semblante asombrado y jovial; cobramos dulce calor al lado de su chimenea, junto á sus chiquitines, que tienen en los ojos la bondad serena del simplon, en medio de los ovillos enredados y de los silabarios llenos de monigotes, alabamos con gusto la acuarela un tanto descolorida de la señora, sobre la cual nos pide el parecer, es-

piando con el rabillo del ojo la expresion de nuestra esperada maravilla, y salimos, le apretamos la mano con gratitud, deseándole sinceramente que ninguna desgracia venga á trastornar su honesta y tranquila casa.

*
* *

Este es el amigo odioso y odiado.

Buscadle y le hallareis en seguida, si es que teneis necesidad de buscarle.

Amigo de algunos íntimos nuestros de los cuales es imposible separarle, se encuentra dentro de nuestra tertulia, como una araña en un racimo de uvas, tan adherida y confundida entre los granos, que hay que comérsela.

No nos ha injuriado ni hecho daño alguno; nos trata con suma urbanidad, y sin embargo nos inspira una invencible aversion.

Su mirada nos parece falsa, la voz ingrata, equivoca la sonrisa, contrahechas las maneras, y bajo su pegajosa cortesía, parécenos ver enroscarse confusamente, cual un grupo de serpientes, toda clase de innobles y miserables sentimientos.

Esta aversion que no tiene pretesto ni modo alguno de desahogarse, se trasforma poco á poco en tormentos infernales.

Cada acto suyo y cada palabra nos causa una

sensacion desagradable; sus chanzas nos ponen la carne de gallina; sus alabanzas nos parecen rociadas de aceite que arroja á nuestro rostro; toda su persona desde la punta de los pelos hasta la de los piés y hasta su modo de andar es aborrecible.

Parécenos que deben haber transmigrado á él y confundidas en una sola, las almas de todas las criaturas humanas, que fueron contrarias ó enemigas de nuestros abuelos, partiendo de nuestro padre hasta la vigésima generacion.

Y un destino despiadado quiere que esté á nuestro lado ó enfrente, en todas partes, al comer, en el teatro, en el coche, entre la multitud; es para nosotros lo que aquel gato horrible de Edgard Poé, que martirizaba con su continúa presencia y abominables caricias á los matadores de su amo.

Y ejerce sobre nosotros no sabemos que diabólica atraccion, por la cual nos vemos obligados á mirarle constantemente, á prestar atencion á cada una de sus frases, y no hay una palabaa que diga, aunque está muy lejos de nosotros, en medio del vocerío de un corro de amigos que no venga á nuestros oidos derecha y dura, como conducida por un tubo acústico y tampoco hay una maldecida satisfaccíon que tenga en su vida ó intolerable elogio que de él se haga, que no llegue á nuestra noticia.

La aversion llega á tal extremo que soñamos por la noche con él, que de él hablamos á cada instante, que sufrimos una sacudida nerviosa al verlo, que pasamos horas enteras notándole graves defectos en nuestra imaginacion, y que algunas veces, cuando vá delante de nosotros, nos dan grandes deseos de darle un formidable puntapié, brutalmente, sin un pretesto para la gente, como podría hacerlo un loco furioso.

No podríamos ni áun darnos razon de toda la feroz antipatia que nos inspira; querríamos asistir á su autopsia para ver que cosa diabólica tiene en el cuerpo, que nos le hace tan cruelmente indigesto.

Intentamos curarnos en mil ocasiones; intentamos alternar con él, hacérnosle agradable, buscar si tiene en el corazon alguna secreta vena de bondad ó nobleza que le hiciese más soportable, ó alguna facultad, alguna idea en la mente, alguna cosa original ó graciosa en la imaginacion ó en la vida que aligerase algun tanto nuestra tortura; y no logramos otra cosa que tomarle más inquina y sentir ira más feroz hácia él.

Nos falta hasta el mísero consuelo de ver que el hombre comprenda los sentimientos que hácia él abrigamos, todo lo contrario; el maldito se cree agradable, querido y unido á nosotros como pegado con

cola, nos persigue con el apretón insistente de su mano débil y fría, nos asesina con sus cariñosas sonrisas, nos destroza al obligarnos á que nos apoyemos en su brazo y decirle cumplimientos en su cara.

Y dice al hablar de nosotros: —Mis amigos, —y todos dicen hablando de él: —El amigo de ustedes —y estamos obligados á decir nosotros también:—
Mi amigo.

Y algunas veces una idea tremenda cruza por nuestra mente; la idea de que es posible que en nuestros últimos instantes en el fondo de la habitación en que lancemos el último aliento detrás del grupo de amigos más queridos....

Pero no, la idea no es horrible, es agradable: el pensamiento de verlo allí por la última vez sería consuelo en nuestra agonía y le perdonaríamos en aquel momento todo lo que nos ha hecho sufrir sobre la tierra.

*
* *

Otro de los más curiosos es el amigo de los "días de fiesta."

Pertenece al mismo tiempo á nuestra tertulia y á las de otros; pero es uno de los ménos asíduos á la vuestra.

La diferencia en el modo de vivir es causa de que os encontréis rara vez; pero el tener muchos amigos comunes ciertos y especiales gustos, hace que os sentéis juntos en todos los banquetes públicos y privados, políticos y artísticos, palaciegos y campestres, de recepción ó de despedida, que se suceden en el curso del año.

Sois el uno para el otro como las banderolas de bellos colores que se ven gualdrpear en todas las fiestas.

Os habeis conocido entre las copas, y la historia de vuestra amistad lleva unida á cada página la lista de un almuerzo.

Este amigo, naturalmente, es muy simpático. No